

La identidad teológica de SINITE: consideraciones para el segundo centenario

PEDRO M.^a GIL LARRAÑAGA

Al considerar la herencia de estos cien primeros números de SINITE, se siente uno sorprendido por la coherencia de la revista durante treinta años.

Diríamos que, al mirar hacia atrás, aparece la sorpresa de un testimonio ejemplar de la historia de la Iglesia en ese mismo período. Y entonces estas mismas páginas que hoy confeccionamos se muestran en su verdadera hondura cristiana: han nacido de la acción de Dios en la conciencia creyente y no tanto de la inventiva teológica o catequética de sus redactores.

No se trata de un párrafo de alabanza obligada por la conmemoración. Al notarlo no podemos atribuir mérito especial a los que la han confeccionado. Es otra cosa: la identidad teológica de la revista se corresponde, es la misma, coincide..., con la de tantos otros documentos de estudio nacidos en estos años. Ni en ellos, ni en el nuestro, hay lugar para panegíricos. Es nada menos que la evidencia de la manifestación del Dios de Jesús a lo largo de estos magníficos años, justo antes del Vaticano II y a partir de él.

Se puede, en ese sentido, sostener que SINITE no ha tenido ni tiene identidad propia en su raíz. La suya es la de la Iglesia a que pertenece.

Tal vez, sin embargo, debamos añadir un matiz importante. En él..., bueno: en él sí que hay su parte de mérito. Es la fuerte cohesión y el trabajo hondo de cada uno de los miembros de su equipo. Sí: como enseguida puede pensarse, al hablar de este modo estamos pasando de la revista en sí misma a todo el Instituto San Pío X, cuyo portavoz es. La cohesión y la hondura de la revista refleja la mantenida por su equipo educativo, maestros y alumnos.

Se comprende así por qué no hablamos de méritos o de títulos: la revista es sólo el resultado de instrumentos adecuados. Su contacto con la realidad de la vida de la Iglesia en nuestra tierra es lo que les ha hecho capaces de reflejarla e interpretarla, tal como iba siendo o tal como estaba a punto de ser.

Habremos de notar más adelante un enorme factor negativo en el conjunto de la obra de SINITE: su poca difusión o su poco eco. Lo recordamos ahora mismo para hacer un poco más creíble nuestra afirmación inicial. Que la obra de SINITE no haya sido demasiado conocida no significa menos validez en su mensaje. Otros ejemplos ha habido en la historia reciente, de los que solamente citamos la revista de la llamada Escuela de Frankfurt: al cabo de veinte o treinta años, de pronto la cultura la ha descubierto y ha buceado en ella para ver algo más que intuiciones o avances sobre el presente.

Con toda modestia y con toda verdad podemos afirmar lo mismo de SINITE. Y baste para confirmarlo la lectura de sus índices, recogidos en este mismo número centenario.

El primer editorial: la Catequesis escolar

Se afirmaba allí, desde la primera página de SINITE, relacionando la Catequesis escolar con la familiar y la parroquial, que:

«la parcela más estructurada y con más puntos en los horarios es, sin duda, la catequesis escolar. Su papel es capitalísimo en la formación cristiana. A ella, sobre todo, quisiéramos dedicar nuestros esfuerzos».

En aquel editorial se señalaba que tal realidad era el conjunto resultante de muchos factores:

«Todas las facetas de esta unidad activa merecen nuestro más vivo interés: el catequista o portador de la buena semilla; la catequesis o sementera; los distintos campos sembrados y en trance de frutecer; la organización y los métodos, que son —en lo humano— como el sol copioso y el buen tempero. Este es, con trazos de sabor evangélico (como el título de la revista), nuestro programa».

Rebosando cuidado en los matices, la definición inicial de SINITE añadía:

«Sería... injusto y funesto desvincular la catequesis del resto de la enseñanza. Nuestra perspectiva y nuestra acción deben extenderse a toda la actividad escolar. Y entonces resulta más exacto hablar de formación o pedagogía religiosa —nuestro subtítulo— que de sólo catequesis».

Al servicio de esta orientación, la revista se planteaba una opción intermedia entre lo inmediatamente operativo y lo fundamental, la teoría y la práctica. Se entendía entonces como una «encrucijada». Y el encuentro de ambos elementos pediría:

«dilatar horizontes, sembrar espíritu, multiplicar raíces; sajar la epidermis de las cosas y bucear hacia las zonas íntimas de la verdad y los valores...».

Por los caminos de la Teología práctica

Tras esta orientación, bien pronto fue dibujando SINITE un abanico de temas que necesariamente habían de inscribirla en los terrenos de la Teología práctica.

Por «Teología práctica» entendemos ese tercer ámbito del conjunto de lo teológico: bíblica, estudiando la norma, el criterio y el contenido básicos de la manifestación de Dios; sistemática, haciendo conjunto ideal o teórico de los planteamientos de la revelación, de por sí históricos o narrativos; y práctica, examinando la realidad de las otras dos en el devenir concreto de los signos de los tiempos.

La Teología práctica tiene, así, por objeto, no solamente verificar la presencia o la transmisión de un corpus doctrinal intangible, que no le pertenece. Le corresponde examinar la realidad detectando los posibles signos de Dios, gracias a los cuales la bíblica es comprensible y la sistemática posible. En la Teología práctica se trata de hacer «avanzar» el dato revelado, mostrando sus distintas manifestaciones a lo largo de los tiempos y las sociedades, haciendo posibles nuevas lecturas de la sagrada Escritura y forzando a reinterpretaciones de la totalidad sistemática.

Esta ha sido la labor de SINITE.

Desde un principio sus temas han ido a caballo entre la referencia teológica fundamental y la reflexión de los signos de los tiempos desde una perspectiva educativa o pastoral. En medio han ido apareciendo propuestas operativas, consideraciones sobre los Ministerios, relecturas de la teología Sacramental, síntesis sobre el misterio de la Iglesia, propuestas catequéticas concretas... En el fondo se ha tratado de un esfuerzo por convertir en realidad la relación Fe-Cultura.

Esto ha supuesto, lógicamente, un planteamiento interdisciplinar de los campos de atención de la revista. Como puede comprenderse, la interdisciplinaridad es requisito indispensable cuando se trata de Teología práctica. La confluencia, la «encrucijada» aludida, exigía considerar la relación entre distintas áreas de interpretación de la realidad.

Por eso, el conjunto de los números de SINITE dibuja un gran esfuerzo por definir el Método fundamental de la educación

de la fe. En torno a este concepto se contiene la identidad teológica de SINITE.

Se entiende también aquí el concepto de «método» con un alcance bien determinado: no se refiere al campo estricto de los procedimientos, sino al fundante o fundamental del modo de relacionarse estos dos elementos teóricos: la realidad de Dios como vida de nuestras vidas y el distinto devenir de nuestro existir colectivo. Su comprensión o su interpretación constituyen el método.

Aclarando el adjetivo de «teológica» de la identidad de SINITE, una simple observación: el método a cuyo estudio se ha dedicado la revista consiste sencillamente en el modo de interpretar la realidad de la Encarnación, en nuestro caso en cuanto realidad manifiesta en el hecho educativo.

Y hay un concepto básico a la hora de mostrar la verdad en este aserto: el lugar que ocupa y la comprensión propuesta del tema de la Encarnación, o de la Cristología en general.

Podemos con toda verdad asegurar la primacía de este enfoque.

Desde el primer artículo, dedicado por el primer director de SINITE, Pascual Maymí, a «Jesucristo, centro de la catequesis», hasta los criterios de análisis que subyacen a las descripciones de la Catequesis en la América de habla ibérica, en el número 99, pasando —por ejemplo— por los de Vicente M.^a Pedrosa y Jaime Castañé, en 1968, sobre «¿Se puede hablar de unas 'bases psicológicas' y de una 'génesis psicológica' de la fe cristiana?» y «La palabra como signo»; o, diez años más tarde, los de José M.^a Setién y Lluís Diumenge, sobre «La escuela y el cambio político-social» y «La comunidad escolar en su éxodo a lo por venir»...

Decía, por ejemplo, Setién, en este artículo, formulando un principio que iba aplicando:

«El carácter propio de la educación cristiana, su fundamento

y razón de ser, no pueden ser otros que la 'verdad del hombre' que la fe nos descubre en el Jesús de los Evangelios y es irreductible a cualquier otra interpretación del hombre. El centro docente cristiano se definirá a sí mismo por la constitución de una 'comunidad educativa' y un 'ambiente escolar inspirados' en el Evangelio...»

Un desplazamiento significativo

En un artículo publicado en 1980, Vicent Ayel se preguntaba por el desplazamiento experimentado en el criterio de interpretación de la relación Escuela-Religión. Recordarlo nos sirve como excelente ejemplo del camino hecho por SINITE, en la línea que venimos mencionando.

Al inscribirse en el campo de la Teología Práctica, y dedicarse de hecho a la investigación sobre el Método que tradujera la realidad de la Encarnación en criterio operativo, SINITE fue experimentando una modificación importante en su modo de interpretar la realidad. Con ello no se hacía sino reflejar el camino de toda la Iglesia en nuestra coyuntura de modificación histórica o cultural.

Notaba Ayel que «antes se preguntaba: ¿Cómo hacer de esta escuela un 'lugar' para la Catequesis? Esta estaba inscrita y comprendida (si no encerrada) en la escuela». El punto de vista estaba en cómo disponer la Catequesis en relación con el hecho educativo que la recibía.

Y así el cambio:

«Hoy la imagen tiende a invertirse: el continente viene a ser el contenido, y viceversa. Parece que es la catequesis la que tendería —en el mejor de los casos— a llegar a ser el 'lugar' de evaluación (con frecuencia, crítica) de la escuela, el 'lugar' en el que deberían efectuarse las grandes opciones de la existencia. La vida escolar vendría a colocarse y a encuadrarse en el interior de esa catequesis 'englobante', no ya 'englobada'».

Ayel expresaba de ese modo una realidad que SINITE ha ido viviendo a lo largo de sus cien números. La revista partía de una situación en la que no se daba tan expresamente la conciencia del cambio histórico «cultural». El cambio se refería sobre todo a la necesidad de presentar de otro modo lo cristiano. Eran los días de la renovación teológica y del Vaticano II. Poco a poco, sin embargo, fue haciéndose evidente algo más fundamental: junto con la presentación de la fe, había que modificar toda la presentación de la vida o de la cultura que se supone es la misión de la educación.

Y entonces aparecía la verdadera identidad de SINITE, dentro del enfoque de Teología Práctica y estudio del Método al que nos referimos: se trataba de leer la realidad educativa y juzgarla desde el punto de vista de la fe.

La fe, el hecho cristiano, se constiuye así en el criterio para juzgar no sólo la validez de los procedimientos catequéticos, sino la realidad misma del hecho educativo. La educación es algo digno de nuestros tiempos si en ella se hace posible la manifestación de Dios.

Notemos, insistiendo, que esto no significa preguntarse cómo ha de ser la educación en cuyo interior pueda presentarse a Dios, sino cómo ha de ser la educación en sí misma. Otros enfoques se plantearán la misma cuestión desde otros criterios: el social, el económico, el histórico, el científico, el psicológico, el metodológico... SINITE lo hace desde uno bien específico: el Dios de Jesús.

Esta ha sido y es la gran aportación de SINITE, que hace de nuestra revista algo significativo en nuestro momento histórico, a punto de cambiar de siglo.

Hoy vamos viendo cómo el acento en otros criterios ha llevado en los últimos treinta años a cierto endiosamiento de puntos de vista sociohistóricos, que finalmente ha demostrado su incapacidad última de aportar cauces de futuro radical a nuestros días. Hay en el mundo cierta sensación (que algunos

interpretan de 'vuelta', de restauración —y con ello se equivocan profundamente—) de que en la religión hay un manantial de futuro indispensable y tal vez olvidado por los vaivenes de los tiempos. Ha sido el profundo fracaso de la racionalidad instrumental quien ha puesto en tela de juicio la suficiencia humana de las premisas de la modernidad y lleva a reconsiderar el papel de lo no lógico, lo estético, la naturaleza, lo simbólico, la historia...

Ahí se encuentra SINITE.

De la teoría a la narración

Desde la realidad de este desplazamiento entendemos mejor la impresión que producen hoy los textos de SINITE en sus primeros ocho o diez años.

Hay en ellos, como venimos afirmando, una notable coherencia, consistencia... que había de mantener su caminar posterior. Su orientación teológica o pastoral era y es justa, equilibrada. Pero producen hoy la sensación de cierto exceso en sus conclusiones, como si sus premisas demostraran demasiado, más de lo que expresamente contenían.

Como todo el pensamiento cristiano de los días inmediatamente anteriores al Concilio, hay también en SINITE un claro déficit de razonamiento sociológico, como si faltara algo de realismo social. Las premisas desde las que trabajan son casi en exclusiva teológicas, incluso de autoridad, más que de experimentación.

Podemos expresarlo con las palabras de Antonio Artola, en 1967, a propósito del Congreso Teológico recién celebrado en Roma:

«En este Congreso los teólogos han trabajado como encargados por el Magisterio para hilvanar en un sistema coherente las verdades proclamadas por el Concilio o para exponerlas con claridad y método. Esta impresión de encargo, de misión o tarea confiada apareció a todo lo

largo del Congreso. Y la fidelidad con que los teólogos lo cumplieron daba también la idea de que aún no se hallan habituados a proceder como un grupo compacto con misión especial en la Iglesia. Cual si no hubiesen hallado el camino y los estatutos propios de su oficio. Cual si no supieran o no se atrevieran a hacer uso de la libertad que su carisma en la Iglesia les otorga. Excesivamente influenciados por el período preconiliar con sus obligadas represiones. Obligados a ejercer un carisma funcional frente al Magisterio que les impone más o menos conscientemente las rutas de su investigación. Desentrenados para saber usar de la libertad del don de sabiduría e inteligencia con que el Espíritu les ha enriquecido para la edificación del Cuerpo de Cristo. Todo esto hacía pensar en que la función teológica en la Iglesia espera aún tiempo para llegar a conquistar su propio auténtico puesto en la Iglesia, en una gran sumisión a la Iglesia y el Magisterio, pero también en una gran fidelidad a la verdad en sí y a la vocación del servidor de la palabra de Dios».

Artola se estaba refiriendo a los grandes maestros teológicos del Vaticano II. Con la misma validez, lógicamente, podía haberlo dicho de sus compañeros en el San Pío X, en la revista. Había en ellos un plus indebido de autoridad, de sistema, de teoría.

Fue una situación cuya salida está suponiendo todavía hoy grandes esfuerzos y no pocas incomprensiones.

En las premisas teológicas de aquellos días estaba, ciertamente, la clave para solucionar su propia limitación. Se basaban en último extremo en la relectura de la Sagrada Escritura, que llevaba a mirar los signos de los tiempos de otro modo, a entender la modernidad como revelación de Dios. Pero de momento más afirmaban la novedad del enfoque que su ejercicio concreto y sectorial.

Es cierto que la novedad de los cambios históricos estaba implícitamente presente en la novedad de los cambios teológi-

cos. Pero se la consideraba todavía insuficientemente. Se procedía a un mirar todavía «dogmático» aunque renovado. El gran ausente era la historia, el caminar de los tiempos nuevos.

Poco a poco —en nuestro caso, en SINITE, número tras número— fue apareciendo el camino: había que pasar de la teoría a la narración, del sistema al examen de las situaciones. Notamos así, como a lo largo de los siguientes años se va haciendo presente lo social, muy en concreto lo político, como signo concreto de reconocimiento de la novedad de lo que ocurría.

SINITE habla entonces de Freire, Girardi, Catequesis política, marxismos, transformaciones sociales y económicas, *Octogesima Adveniens*, liberación y teología...

Así, en 1976, Eduardo Malvido afirmaba que:

«La teología de la liberación tiene como supuesto básico la creencia en la unión 'inconfusa e indivisa' de la divinidad y la humanidad en Cristo Jesús. Sobre esta creencia fundamental descansa en definitiva la fe de los creyentes en las virtudes salvadoras que se vive. No existe la historia como realidad profana. Salvación cristiana e historia son realidades que se hallan inconfusa e indivisamente unidas como lo están la humanidad y la divinidad en la persona de Jesús...».

Lo cual le obligaba a concluir de este modo:

«Los teólogos deben escuchar al pueblo de Dios en el que viven, exigencia ésta que les debe llevar a comprometerse personalmente en la historia de sus respectivos pueblos, pues sólo así conocerán a los suyos».

Es una vez más, la línea de SINITE, su identidad teológica: Jesús y su manifestación en lo que nos rodea. El método, siempre.

Y como el área de estudio de la revista no es la realidad social en general, sino lo educativo y lo cristiano, estas premisas se

proyectan sobre realidades concretas. Poco a poco el sistema se va haciendo narración.

Aparecen entonces textos excelentes de profesores y alumnos del San Pío X, como los de José M.^a Martínez, Pascual Maymí, Jesús Sastre, José Luis Mongrell y otros tantos. He aquí alguno de sus títulos: Ejes de una Catequesis liberadora; Catequesis de adultos en la Castilla rural; Freinet: una respuesta laica a la educación de la fe; ...

Por no citar abusivamente, recogemos sólo esta conclusión de José M.^a Martínez, hablando a propósito de Freinet y la imposibilidad de la «escuela neutra»:

«Como primera conclusión, la catequesis actual ha de encontrar la fórmula viable para hacer progresiva la maduración de la fe en el compromiso histórico liberador. Freinet la encuentra como recurso para cumplir la verdadera finalidad educativa: 'El niño desenvolverá al máximo su personalidad en el seno de una comunidad racional a la que sirve y que le sirve'. También el catequista actual sabe muy bien que el secreto de la maduración de la fe radica en la progresiva integración del niño y el adolescente en la comunidad; en ella vive la dimensión del compromiso, y la expresión de la propia fe halla ecos y apoyos que aseguran la progresión en la madurez y el dinamismo cristiano... La comunidad de creyentes es la verdadera escuela de la fe; la escuela permanente...».

Los riesgos de la especialización

Para ser honrados, de todos modos, en nuestro análisis hemos de observar que también SINITE se ha manifestado la contrapartida de la especialización: la intensidad del análisis puntual hace descuidar a veces la perspectiva de conjunto o la conciencia de las raíces de toda posible interpretación.

Como, por otra parte, ha ocurrido en todos los ámbitos de lo

cristiano, se diría que los conceptos teológicos fundantes no tienen hoy bastante gancho, como si la operatividad estuviera a veces suplantando a la motivación. También SINITE ha reflejado el hecho.

En nuestro caso, al igual que en otros tiempos se daba por sobreentendida la realidad social cambiante que hacía necesario el cambio teológico, hoy damos a veces por supuesto que nuestras premisas doctrinales son las del Vaticano II... sin percibir que se nos han podido quedar pequeñas. En ocasiones se nota en el hincapié no bastante fundado en las propuestas catequéticas y en la falta de unidad entre los sectores considerados por la revista.

Así, cuando observamos los últimos cinco o seis años de SINITE percibimos enseguida que la revista es de algún modo consciente a la vez de su defecto y de su virtud. Falta una consideración profunda de la «Teología narrativa» es decir, de la historicidad de la revelación, y a la vez se dedica un hermoso número a la Catequesis y la Historia de la Iglesia; falta una conciencia expresa de lo que hoy ya llamamos posmodernidad y primera revolución mundial y a la vez se dedica otro número a los cristianos y la intelectualidad...

SINITE lucha hoy, como en los días de su arranque, hace treinta años, por situarse lúcidamente en la encrucijada de lo catequético y lo social, de lo educativo y lo político, de lo pastoral y lo bíblico, de la fe y la secularidad, del pensamiento y los programas.

Le queda pendiente, en reflejo del déficit señalado, llevar adelante el alcance de sus premisas de base y proponer no solamente planteamientos catequéticos renovados y fieles, sino sobre todo síntesis nuevas sobre lo educativo o lo cultural en general y lo cristiano. Es como si faltara algo posterior al esfuerzo indicado por pasar de lo teórico a lo narrativo, como si en vez de la narración en su sentido más profundo hubiéramos cultivado una respuesta más operativa que crítica.

Real difusión, no reconocida

Llegamos así a uno de los puntos clave: el diálogo interinstitucional a través de las publicaciones especializadas.

Comentábamos más arriba el posible paralelo —salvadas las distancias— entre los escritos de la Escuela de Frankfurt en su etapa alemana y la trayectoria de SINITE. Desde luego, después de estas páginas, lo repetimos. Y lo hacemos para indicar que, si la trayectoria de SINITE tiene un problema, no es propiamente suyo, sino ajeno. Parece mucho decir, pero no lo es.

Cualquier puede ver, ante el índice de los índices de nuestra revista, que el camino de SINITE ha sido suficientemente positivo. Cualquiera puede ver cómo SINITE ha ido por delante de cuanto ha ido acaeciendo en la escuela cristiana, en la educación de la fe... entre nosotros.

Esto nos lleva a una conclusión: nuestro camino, con todas sus salvedades, ha sido correcto. Por lo mismo, si es que no ha orientado a cuantos viven en la educación de la fe a través de toda la educación, cuando menos les ha respaldado. Queda ahí, como un refrendo teórico de cuanto se ha ido haciendo. Con verdad y con satisfacción podemos afirmar que no hay en lengua castellana ninguna otra publicación que aporte semejante servicio.

A lo largo de estos treinta años ha sido abundantísima la presencia de las gentes del San Pío X —las gentes de SINITE— en toda clase de situaciones de concienciación y programación en lo relativo a la educación de la fe.

Sin mencionar a la inmensidad de lugares y personas que han recurrido al Instituto —a todos los cuales agradecemos siempre la confianza que nos dan—, basta recordar la repercusión de las Jornadas de Verano e Invierno, desde hace también treinta años, las Jornadas de Pastoral Educativa, las Sesiones de Verano para educadores cristianos, la reciente Escuela de Verano, y nuestra revista *Apuntes* (pionera de cuantas hoy aportan ins-

trumentos concretos en la educación de la fe). El alcance de las premisas que SINITE iba expresando ha sido enorme.

Y sin embargo el asunto no acaba de funcionar.

El ámbito de la educación y lo cristiano, o de la educación de la fe en especial, siguen hoy demasiado rígidos por la inercia de su volumen y de su historia. Y su vida se rige sobre todo por las premisas organizativas que han ido demostrando capacidad para llegar al día siguiente. Así encontramos la contradictoria situación que el tema de la educación de la fe o de la educación cristiana en general agrupa hoy entre nosotros el mayor contingente de profesionales presuntamente cristianos que sin embargo van viviendo su vida al margen de un pensamiento o vida interior con garantías de futuro.

Ahí está el profundo fracaso de SINITE.

Tal como hoy vivimos, la educación de la fe o la educación cristiana en general se mueven más a nivel de cursillos que de pensamiento. Por eso gentes que han entrado generosamente en nuestro camino experimentan la tremenda angustia de carecer de cauces realmente alternativos para la relación entre la educación y lo cristiano.

Vivimos en una sociedad en la que los cristianos son aceptados como personas, pero no como cristianos. La sociedad de servicios nos ha invadido hasta tal punto que la creatividad o la fidelidad parecen casi imposibles. Y no puede decirse que de la autoridad eclesiástica lleguen a nuestras comunidades orientaciones de alcance institucional.

Cuando casi todo consiste en sobrevivir, el pensamiento no es ocasión de encuentros.

Tal vez esta situación, al cabo de treinta años, deba llevar a SINITE a otro modelo de funcionamiento.